

# Reseña



## La dominación masculina \*

Rafael Montesinos\*\*

**D**esde las perspectivas de la antropología y la sociología, y con sus ya característicos planteamientos teórico-conceptuales, Bourdieu nos entrega sus primeros bosquejos sobre la cultura de los géneros, en este caso un ensayo sobre la interpretación de la masculinidad.

El primer elemento que pone a discusión se cifra en el proceso de intercambio a partir del cual los individuos van introyectando las estructuras subjetivas que la sociedad a la que pertenecen viene reproduciendo. Bourdieu da cuenta de tal fenómeno al reconocer esquemas inconscientes de percepción y de apreciación que reproducen las estructuras históricas del orden masculino, cuyo papel sirve como referente para moldear las formas de pensamiento y comportamiento colectivo. Esta retroalimentación entre lo social y lo individual es la relación que define las formas que adopta la dominación determinando las relaciones en los diferentes ámbitos sociales.

En ese sentido es que adquiere forma una interpretación *socioanalítica*, que experimenta una explicación

IZTAPALAPA 45  
enero-junio de 1999  
pp. 319-323

\* Pierre Bourdieu, *La domination masculine*, Paris, Seuil, 1998, pp. 139. ISBN 2-02-035251-6.

\*\* Sociólogo, candidato a doctor en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

que intenta ordenar las estructuras del inconsciente a partir de un tratamiento de categorías que obedecen a estructuras objetivas, interpretaciones racionales que hacen comprensible la complejidad de las diferentes realidades sociales. Una tarea de tal calibre es resuelta por el autor a partir de un rico conjunto de trabajos de corte etnográfico y de una investigación propia sobre la sociedad *kabyle*, situación que le permite establecer algunas comparaciones entre sociedades modernas y sociedades tradicionales descubriendo la capacidad interpretativa de los rituales sociales.

Vista así, la relación genérica entre hombres y mujeres se diferencia desde las prácticas sexuales hasta la organización de la producción en las que se hace patente la dominación como esencia *relacional* de la sociedad. En esta perspectiva bourdiana, la subordinación de la mujer al hombre aparece como una constante histórica que tiene pocas posibilidades de modificación. El mundo social se va adecuando a los esquemas *mítico-rituales* en los que la dominación masculina se reproduce como una visión y percepción compartida generalmente por el conjunto de la sociedad, definiendo las formas de comportamiento de los géneros, de las clases sociales, etcétera. Por tanto, en los ritos se hace patente la posición social de los dominantes y los dominados, quienes recurren a los esquemas subjetivos compartidos colectivamente para adoptar una conducta social desde los cuales los individuos comprenden el papel que han

de jugar en su entorno. A partir de este planteamiento, Bourdieu ofrece una explicación de la dominación masculina:

El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica tendiente a ratificar la dominación masculina sobre la cual está fundada la división social del trabajo, distribución muy estricta de las actividades impartidas a cada uno de los dos sexos, de su lugar, su momento, sus instrumentos; de la estructura del espacio, con la oposición entre el lugar de la asamblea o del mercado, reservado a los hombres, y la casa, reservada a las mujeres, donde al interior de ésta entra la parte masculina, con el hogar, y la parte femenina con el agua los vegetales; está la estructura de tiempos, el día, año agrario, o ciclo de vida, con los momentos de ruptura, masculinos, y los largos periodos de gestación.

Como se puede observar, el autor retoma planteamientos ya manejados en trabajos anteriores para construir su interpretación sobre la cultura genérica; es el caso de esta idea que tiene su origen en su profunda obra *El sentido práctico* que se ve enriquecida a partir de una explicación del papel simbólico que juegan las formas corporales de uno y otro género. El falo aparece, entonces, como un elemento de poder sobre el que se cifran las estructuras simbólicas que definen quien detenta el poder, al mismo tiempo que hace patente el peso de la cultura sobre la idea de la *virilidad*.

Nuevamente aparece con un papel preponderante el fenómeno de las visiones y percepciones tanto de la colectividad como de los individuos, situación que permite explicar cómo las propias mujeres aceptan ese mundo simbólico a partir del cual asumen que el poder les corresponde a los hombres. En este sentido, la percepción *dualista* del mundo (activo/pasivo, bueno/malo, blanco/negro, fuerte/débil, etcétera) funge como una suerte de ordenador práctico que resuelve a hombres y mujeres cómo ubicarse socialmente, cómo ubicarse en relación al poder. Así, las relaciones sexuales aparecen como procesos de apropiación mediante los cuales los hombres ejercen el poder sobre las mujeres, situación que se refuerza, en general, en la posición de hombres y mujeres en el espacio público: *el espacio político y el mercado*.

De hecho, uno de los argumentos de mayor peso de Bourdieu sobre la dominación masculina es la explicación que nos ofrece sobre cómo el papel marginal socialmente asignado a la mujer se convierte en un *estigma*, que puede ser utilizado en la confrontación física o simbólica de los propios hombres. Entonces, la *sodomización* representa un proceso mediante el cual el hombre se transforma en mujer, un proceso de degradación con el que el hombre pierde todos los atributos que la sociedad le concede históricamente. Y, en esa misma lógica, el hombre que somete a otro hombre, ritualmente adquiere mayor prestigio, como individuo que posee el poder.

Estos planteamientos obligan al autor a relacionar lo biológico y lo social, lo material y lo histórico, permitiéndole establecer un claro vínculo simbólico al papel que ritualmente juegan en la sociedad los hombres y las mujeres. Es un proceso de síntesis entre lo objetivo y lo subjetivo, que permite comprender la manera en que los *papeles* sociales tienen su origen en una *construcción social naturalizada* tal, que hace aparecer el papel de la mujer como una condición *natural* y esconde su carácter marcadamente social. Y en ella la representación de los cuerpos, de hombre o mujer, son el referente inmediato para determinar la posición que a unos y otros corresponde jugar en las estructuras del poder.

El proceso de *diferenciación*, independiente de las clases sociales, encuentra su explicación a través de la representación de lo cuerpos, lo material adquiere su expresión subjetiva y, por tanto, simbólica. La fuerza simbólica es la representación de una forma de poder que corresponde a los cuerpos, es por ello que la dominación-subordinación se expresa a través de un proceso *invisible* de sensibilización psíquica mediante el cual los individuos se insertan en las estructuras de poder. Es de ese esquema subjetivo que hombres y mujeres toman sus referentes de comportamiento, de tal manera que la propia mujer participa en la reproducción de un esquema social en el cual la dominación masculina es la constante.

También para Bourdieu el movimiento feminista representa al único movimiento social capaz de romper con el círculo vicioso de reforzamiento generalizado de la dominación masculina. Sin embargo, para él el principal factor de cambio en la relación tradicional de dominación de la mujer está representado por la transformación de las instituciones escolares, sobre todo las de nivel superior, donde se ha detectado una incorporación paulatina de la mujer. Dicho fenómeno no tendría la importancia que se le confiere si no es por su correlación estrecha con el mejoramiento de la posición femenina en el mercado de trabajo, que al mismo tiempo conlleva a una independencia económica, que en todo caso es el origen de la transformación de la relación de poder respecto del predominio masculino.

Es así como el nuevo papel social de una mujer que ha ampliado y mejorado su posición en el mercado de trabajo representa una revolución en el espacio que tradicionalmente ha representado el confinamiento de un sujeto social subordinado: *el espacio privado*. La familia se transforma, a la vez que las estructuras simbólicas de las que se nutren los papeles de los dos géneros también entran en un proceso de transformación del cual se desprenden referentes que promueven nuevos papeles sociales para los hombres y las mujeres. A pesar de ello, esta condición de la mujer no necesariamente representa un equilibrio de poder entre los polos masculino y femenino, pues mientras

la mujer adquiere una nueva responsabilidad en el espacio público, político y/o económico, no puede desprenderse del papel tradicional que la sociedad en su conjunto le sigue exigiendo en el espacio privado: *la responsabilidad del hogar*, o lo que ya se ha denominado en el lenguaje feminista, el peso de la *doble jornada*. No obstante, Bourdieu considera a la educación de la mujer como el elemento más importante en el proceso de transformación de las relaciones de poder entre los géneros, pues la *apropiación de la razón* le concede a la mujer una mejor posición en la división sexual del trabajo. La mujer accede a otros tipos de trabajo en los que la capacidad intelectual es lo distintivo, aunque nuestro autor destaca que el género femenino queda excluido de los puestos desde los que se ejerce la autoridad y la responsabilidad, predominantemente en la economía, las finanzas y la política.

Para él, aunque la mujer accede a mejores posiciones en las estructuras jerárquicas, ella siempre ocupa las posiciones más bajas, lo que se contrapone al discurso según el cual los dos géneros aparecen con los mismos derechos y la igualdad aparece como algo indiscutible; a ello hay que sumar, además, una menor remuneración por el mismo trabajo realizado. Más aún, para Bourdieu se siguen reproduciendo *tres principios* tradicionales en la división sexual del trabajo: primero, las funciones que convienen a las mujeres son las de la enseñanza, el cuidado de los otros y los servicios; segundo, que una mujer

no puede tener autoridad sobre un hombre y, tercero, que se confiere al hombre el monopolio del manejo de los instrumentos técnicos y las máquinas.

Las mujeres que avanzan a los altos puestos de las estructuras jerárquicas de las organizaciones "deben" pagar un costo social: divorcio, matrimonio tardío, problemas con los hijos, soltería, etcétera, que se inscriben en la economía de bienes simbólicos. De tal manera que la mujer profesionalista que opta por dar prioridad a su "empresa doméstica", la familia, provoca una limitación en su desarrollo profesional.

En mi opinión, Bourdieu concede pocas probabilidades de cambio en la relación de poder entre hombres y mujeres, pues me parece claro que queda demasiado influido por la percepción

convencional respecto del papel social de la mujer, sobre todo en las sociedades modernas. Sus planteamientos caen dentro de una ya tradición de los estudios de la mujer que continúan repitiendo lastimosamente que el género femenino sigue excluido del poder y que la realidad cultural no cambia. Su gran capacidad teórico-conceptual no demuestra la misma calidad interpretativa para un objeto de estudio profundamente cambiante, lo que provoca que presente a la masculinidad como un objeto plano y predeterminado. Su conclusión, en la que sugiere que sólo una acción política puede transformar el orden de dominación masculina, parece un tanto absurda si consideramos que se trata de uno de los más grandes teóricos sobre estudios de la cultura.